

Pedro Barceló

EL MUNDO ANTIGUO

**TIERRA Y MAR, PODER, DOMINIO Y GUERRA,
MITO E HISTORIA, CULTO Y REDENCIÓN
EN LA ANTIGÜEDAD**

Prólogo de Juan José Ferrer

Alianza Editorial

Titulo original: *Die Alte Welt. Von Land und Meer, Herrschaft und Krieg, Mythos, Kult und Erlösung*
Esta obra fue publicada originalmente en alemán en 2019 por wbg
(Wissenschaftliche Buchgesellschaft).

Traducción de Alejandro Cadenas González y Lena Hein

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2019 by wbg (Wissenschaftliche Buchgesellschaft), Darmstadt
© de la traducción: Alejandro Cadenas González y Lena Hein, 2021

© del prólogo: Juan José Ferrer, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-528-7

Depósito legal: M. 21.598-2021

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*A José Manuel Roldán Hervás,
preclaro colega, inagotable
y ejemplar cronista de la historia antigua.
Gratias enim amicitia*

ÍNDICE

Prólogo, por Juan José Ferrer	15
Introducción	25
I. Tierra y mar	33
1. La tierra como espacio vital y fuente de poder	34
2. <i>Oikos</i> y <i>polis</i>	39
3. El mar como obstáculo, vía de comunicación y espacio de asentamiento	55
4. La magia de los países lejanos	62
Tarteso	62
Egipto	65
India	67
5. Roma: génesis de un dominio universal	68
6. Politización del mar	80
7. Fronteras marítimas y terrestres	88
El tratado de Asdrúbal	88
<i>Limes</i>	94
8. Navegantes y aventureros: <i>Orbis terrarum</i> y <i>Okeanos</i> como dimensiones variables	97
Hanón	98
Piteas	100
Nearco	101
9. Fenicios y griegos en Occidente	103
Cartago	103
Alalia	107

II. Mito e historia	111
1. El eterno Homero	112
Mundos homéricos	112
Héroes anacrónicos	117
El realismo de Hesíodo	119
2. Entre realidad y magia	125
El escudo de Aquiles	125
Circe y Calipso	126
Polifemo	129
Los feacios	132
Ítaca	134
3. Mito democrático	136
4. El mito Alejandro	144
5. El pasado como ideal	155
Cincinato	155
Fabio Máximo	156
6. Transformaciones mitológicas	158
Dido y Eneas	158
La travesía de los Alpes	162
Cannas	164
Numancia	169
7. La construcción del <i>Barbaricum</i>	177
Oriente y Occidente como dimensiones antitéticas	177
Bárbaros occidentales	182
Ariovisto	185
<i>Gentes externae</i>	188
III. Culto y redención	199
1. Creación del Olimpo	200
2. Celo religioso	203
Pitea entra en Atenas	203
Hermocópidas	207
El juicio de Sócrates	209
3. Sobre las prácticas religiosas romanas	213
4. Cristianismo y Estado romano	222
5. Actuar según los dioses	236
Alejandro en Troya	237
Aníbal y Melkart	241

Escipión y Júpiter	243
<i>Princeps a diis electus</i>	245
Constantino y Cristo	250
6. El ascenso del cristianismo	260
7. Tendencias fundamentalistas en los cultos romanos	270
8. Acerca de la divinidad de los emperadores cristianos	280
9. Cambio de paradigma: los emperadores pierden su naturaleza divina	284
IV. Gobernar y servir	291
1. La esclavitud: un fenómeno de masas habitual	292
2. La voz del yo: Arquíloco, Safo, Alceo, Teognis, Píndaro	299
3. El efecto deslumbrador del poder	307
Creso	307
<i>Polis tyrannos</i>	312
4. La constitución militar como espejo de la sociedad	317
Esparta	317
Macedonia	322
5. Personajes sobresalientes	328
Pericles	328
Pompeyo	335
Cicerón	343
Fulvia	348
Pablo	352
Juliano	358
Portavoces cristianos	365
6. Grupos sociales dirigentes	372
Aristócratas griegos	372
Nobles cartagineses	380
Senadores romanos	384
7. Líderes fracasados	392
Temístocles	392
Aníbal	396
Catón	402
V. Guerra y violencia	407
1. Excesos y violencia	408
2. Confrontaciones militares trascendentales	416
Salamina	417

Gaugamela	420
Accio	424
Adrianópolis	427
3. ¿Guerras preventivas?	430
Guerra del Peloponeso	430
Primera Guerra Púnica	435
4. Sobre la responsabilidad de la Segunda Guerra Púnica	439
5. Entre violencia y golpe de Estado	447
Los Gracos	447
Mario y Sila	451
6. Economía y guerra	457
Financiación de la Segunda Guerra Púnica	457
Milagro económico norteafricano	461
Conquista de la Galia	466
Conquista de Jerusalén por Tito	471
7. Ciudades tardoantiguas como polvorines sociales: Antioquía, Alejandría, Roma, Tesalónica, Constantinopla	475
VI. Estilos y formas de gobierno	483
1. El Estado ciudadano de Solón	484
2. Califato o sociedad civil	491
3. Discursos políticos	494
Autocracia	494
Teoría monárquica	498
Tiranía	505
Democracia	511
<i>Res publica populi Romani</i>	524
4. Cesarismo: el poder de las palabras, las imágenes y las bayonetas	532
5. Perpetuación del estado de excepción	540
El Principado de Augusto	540
6. El gobierno tardoantiguo	554
7. Erosión de la potestad imperial	569
VII. El monoteísmo como problema político	581
1. El cristianismo se convierte en una religión aceptada	582
2. Sobre la heterogeneidad del cristianismo	585
3. Disputas inacabables	589
La disidencia donatista	589
Conflicto trinitario	592
Monofisitas y diofisitas	597

4. Integración del monoteísmo en un mundo politeísta	606
5. Clérigos enfrentados por el predominio de su respectivo dogma de fe	614
6. Disputas en torno a la hegemonía religiosa	626
7. <i>Imperator christianissimus</i>	634
8. Nuevos espacios de poder: los templos cristianos	638
VIII. Iconografía del poder	653
1. Fenomenología de las imágenes	654
2. Los ejemplos más tempranos	661
Era minoica	661
Época micénica	664
Período geométrico	666
3. Individuos del mundo arcaico	671
4. Personajes destacados del mundo de la <i>polis</i>	676
5. El puente hacia el helenismo: entre continuidad y cambio	682
6. Potentados helenísticos	686
Alejandro: el nacimiento de la representación imperial	686
Diádocos: citación y variación	695
Perspectivas: soberano y dios	706
7. Dirigentes cartagineses	709
8. Imágenes sugerentes de la República Romana tardía	711
9. Idealización del <i>princeps</i>	715
10. Representación imperial en la Antigüedad tardía	718
El arco de Constantino	718
Estatua de Constantino	734
La visita a Roma de Constancio II	734
11. Retratos de Cristo	738
Bibliografía	745
Notas	771

PRÓLOGO

El lector tiene en sus manos un compendio histórico sobre los aspectos más sugerentes y trascendentales de la Antigüedad. Con él, y a través de la visión del autor, profundizará en ámbitos de vivencias personales y colectivas, en escenarios humanos de dignidad y bajeza, y en decisiones y circunstancias políticas y religiosas que nos persiguen hasta la actualidad. El inmenso trabajo que nos ofrece Pedro Barceló no es el resultado de una indagación concreta, tampoco de un particular objetivo entre los muchos logrados a lo largo de su dilatada carrera académica e investigadora. Estos centenares de páginas son la suma de su profundo conocimiento del mundo antiguo, una especie de crónica personal milenaria reducida en lo sustancial, pero desmenuzada en lo imprescindible. Eso sí, acompañada de la sagacidad analítica de nuestro autor que, a la postre, es lo que la convierte en sumamente atractiva.

El contenido, originalmente variado, ofrece un enfoque en ocho planos de relato y análisis entendidos sobre el lienzo literario de paisajes esplendurosos y ciudades arruinadas, personajes reales e imaginarios, regímenes políticos, mitos y verdades, vencedores y vencidos, líderes y siervos, ambiciones y sentimientos. La descripción da comienzo por el ámbito en el que se desarrollaron todos los acontecimientos narrados y en el que nacieron y murieron todos los personajes que aparecen en este pulcro y feraz recorrido por el mundo antiguo: la tierra y el mar, y su interacción en las actividades de los seres humanos. La comunicación, cercana y distante, el descubrimiento de lo exótico, los esfuerzos para ampliar o reducir el dominio sobre una porción de tierra, la justificación de ese territorio para ejercer sobre él la potestad y esgrimirlo como propiedad individual o colectiva. Y el mar, abierto a experiencias y aventureros que interaccionan culturas e intercambios, pues

siempre hay un espacio necesario en la historia para situar en él derechos y ambiciones, dominio y servidumbre, convivencias y sumisiones. Es, pues, este inicio el que sitúa a priori los aciertos y las torpezas, los éxitos y los fracasos de cualquier generación como piezas de un enorme escenario.

Pero todo decorado y su atmósfera interpretativa requiere actores agitados al ritmo de un guion atractivo y dinámico. Para lograr su éxito, el guionista histórico puede dominar las sutilezas del lenguaje, aunque lo imprescindible es conocer todos los detalles de la trama histórica y trasladarlos con ingenio y habilidad. Narrar la historia requiere profundizar en todos los pormenores que se deducen del hecho a relatar, pues, por ejemplo, ¿qué utilidad tiene saber cuál fue el resultado de una batalla desconociendo sus pormenores? Hubo un momento en el que este sencillo razonamiento provocó un cambio en el modo en el que los romanos narraban el hecho histórico, y ese momento tiene su origen en uno de los más célebres episodios de la antigua Hispania: la toma de Numancia. Difícilmente se encontrará, en el estado mayor de un ejército romano en campaña, la concurrencia de las personalidades históricas que iniciaron en el año 134 a. C. el definitivo asedio contra la bravía e indoblegable ciudad arévaca. A las órdenes de Escipión Emiliano coincidieron hombres de la talla de Mario, Cayo Graco, el posteriormente tormentoso Yugurta y, especialmente en lo que nos concierne ahora, Rutilio Rufo y Sempronio Aselión. Más allá de los sonados éxitos y fracasos políticos o militares de todos ellos, estos dos últimos llaman nuestra atención por haber enriquecido el Derecho y la Historia romana con sus escritos, a pesar de que su obra solo sea conocida por referencias o en reducidos fragmentos. Rufo fue un hombre íntegro y honrado que sufrió condena y exilio acusado de extorsión por los publicanos; una sentencia injusta y extravagante, pues fue precisamente su oposición a las extorsiones de los recaudadores de impuestos en Asia lo que ocasionó la venganza de estos. Dejó escrita una historia de Roma en la que narraba los hechos de la guerra numantina. Es, pues, uno de los dos cronistas presenciales de estos hechos; el otro fue Aselión. De este conocemos algún detalle más preciso que nos permite presentarlo como el hombre que introdujo en Roma la exposición detallada de los hechos históricos (*ephemeris*), a diferencia de las anotaciones simples de los sucesos acaecidos en el transcurso de un año (*annales*). No me resisto a reproducir algunas de sus palabras por la claridad expositiva que de ellas se desprende:

Los libros de *annales* ni pueden mover en absoluto a los más animosos a defender al Estado ni a los más perversos a ir en su contra. Porque contar qué cónsul empezó una guerra, qué cónsul la terminó y quién resultó vencedor en ella, pero

no contar los detalles de la guerra o no reproducir los decretos que durante la misma promulgó el Senado, o las leyes o proyectos de ley presentados y los móviles que provocaron el inicio de todo aquello, eso es contar cuentos a los niños, no es escribir historia. (Aulo Gelio, *Noches áticas*, 5, 18, 9; cita textual de las *Res Gestae* de Aselión, *frag.* 2, Peter).

Esta anécdota es apropiada para reconocer el esfuerzo del historiador que deja de ser un simple redactor de sucesos para profundizar en los entreverados detalles que caracterizan las acciones humanas, sin caer en la fabulación indemostrable. Pedro Barceló es aquí el observador y analista que nos sitúa en posesión de cuanto queremos saber sobre muchos aspectos conocidos, pero sometidos ahora a su rigor crítico y documental con aportaciones de las fuentes conservadas o referidas y de las contribuciones historiográficas publicadas. Su análisis de origen y consecuencia es la actualización de todo ello, y sus conclusiones, el producto de su labor académica.

Tras el escenario fijado en el primer capítulo, el segundo nos traslada al mundo de la imaginación creativa, a la fina línea que divide el mundo real del ficticio, a lo auténtico de lo fantástico, al ser humano del mito. Desde las hazañas leídas en las páginas de los primeros relatos de aventuras a la creación de la fábula surgida de las leyendas que acompañan a los héroes y a los líderes. Homero, Aquiles, el cíclope Polifemo, el gran Alejandro, el destino de Eneas, la peligrosa travesía de los Alpes, o la gran gesta de Numancia, ya mencionada, son algunos de los personajes y hechos que destacan. Finalmente, la exposición del autor se posa sobre la visión del «otro», un posicionamiento que ha sido recurrente a lo largo de la historia, sustentado en la diversidad cultural y en la supremacía del poderoso. La mirada del bárbaro se refleja en las descripciones de Amiano Marcelino, del que nuestro autor nos reconoce deudores por su información sobre las *gentes externae*, los pueblos periféricos del Imperio, y su efecto debilitador del otrora poderoso Estado romano. Una de las lecciones poco aprendidas por gobernantes narcisistas a lo largo de la historia.

En el siguiente apartado nos adentramos en el ámbito de las creencias religiosas. La importancia del culto como práctica colectiva e identitaria se refuerza en el carácter intimista de sus seguidores, y su trascendencia rebosa la esfera social para convertirse en apoyo imprescindible de apetencias políticas y ansias de poder. Aquí, nuestro autor desgrana la importancia de la religión griega y su trascendencia modélica, especialmente en Roma, donde confluye el culto al panteón de dioses tradicionales y la deificación de los emperadores. Y, naturalmente, observamos la progresiva extensión del cristianismo y su influencia en la dirección de los asuntos romanos de Estado. Cristianismo

y paganismo dilucidan su antagonismo a favor del poder eclesiástico, mientras la apoteosis de los emperadores desaparece y con ella su poder absoluto. Resulta especialmente atractiva la relación que Barceló establece entre algunos grandes dirigentes y sus divinidades respectivas, especialmente Constantino y Cristo, cuya trascendencia está tan íntimamente ligada a nuestra herencia cultural.

El capítulo cuarto –impregnado de lo que define acertadamente como «efecto deslumbrador del poder»– comienza analizando la visión de la esclavitud y la consiguiente utilización y desprecio por las libertades humanas, incluso tras la aparición del cristianismo. Y le sigue una nómina de celebridades individuales y colectivas. Allí se encuentran personajes sobresalientes en el triunfo y el fracaso compartidos; sirvan como muestras Pompeyo, Aníbal o Temístocles, aunque a mi juicio quien mejor representa la grandeza y caída de un gobernante es Creso, el rico y poderoso monarca lidio que perdió su imperio ante Ciro el Grande. Barceló recoge el homérico encuentro entre Solón y Creso en el que se dilucidaba filosóficamente sobre la felicidad a través de la petulante interpelación del monarca oriental al sabio occidental: «¿Conoces al hombre más afortunado del mundo?». Esta pregunta, formulada por quien espera la respuesta complaciente, reúne las condiciones del atávico absolutismo monárquico, nada precavido respecto al futuro, tan incierto para el resto de los mortales como el fin dramático que aguardaba al personaje. Así lo presagia la descripción iconográfica que nuestro autor utiliza de Creso sobre la pira funeraria con actitud digna y atributos escénicos que muestran la imagen de la realeza asociada a la divinidad. Una asociación tan frágil como el destino imprevisible. Creso se abrasa entre llamas mientras grita el nombre de Solón, lo que ocasiona la curiosidad de Ciro. «¿Quién es ese Solón?», pregunta intrigado el monarca aqueménida. «El hombre que todos los reyes deberían conocer y escuchar, mejor que amasar inmensos tesoros», responde Creso. El trasfondo de la supuesta entrevista con el sabio griego la perfila Herodoto en la descripción del arquetipo de un ciudadano ideal, y Barceló la recupera para insistir en el posicionamiento político del «patriotismo constitucional» de Jürgen Habermas y su encaje en los modernos estados de la Unión Europea. Un posicionamiento democrático muy alejado de ciertos «rebotes nacionalistas de corte decimonónico».

Otros atractivos que conforman el capítulo incluyen el elitismo aristocrático que está plasmado en la descripción de los grupos dirigentes griegos, romanos o cartagineses, mientras el liderazgo político y social queda magníficamente representado en figuras como Pericles y Cicerón. Resulta muy sugerente la singularidad contrapuesta entre los posicionamientos religiosos de Pablo de Tarso y los del emperador Juliano, es decir, entre el hombre que

aportó su energía evangelizadora para dar vida al cristianismo entre las primeras comunidades de fieles, y el emperador que quiso acabar con su culto. Entre las escasas muestras de protagonismo femenino que nos muestra la historia, es fascinante el perfil de Fulvia, una mujer que vivió en primera línea la dramática etapa final de la República romana. Casada tres veces con personajes principales de la época, su matrimonio con Marco Antonio llegó a situarla incluso como dirigente militar defendiendo los intereses del lugarteniente de César frente a las demandas de Octaviano, el futuro Augusto. Convenientemente, la muerte de Fulvia sirvió de excusa para cerrar un acuerdo de cooperación entre ambos líderes que, finalmente, acabaría en tragedia para Antonio y gloria para el nuevo dueño de Roma.

«Guerra y violencia» es el título de la quinta entrega. Su expresivo encabezamiento recoge alguno de los grandes conflictos de la Antigüedad, pero no solo bélicos sino también sociales, y la maraña de intereses personales que se mueven en torno a cada estallido. Batallas de consecuencias trascendentales diestramente seleccionadas, como las provocadas tras la victoria ateniense en Salamina, la derrota de Darío III en Gaugamela o los dos extremos temporales que fijan las de Accio y Adrianópolis, opuestas no solo en el tiempo sino también en su significado: el inicio y el ocaso del Imperio romano. Guerras «mundiales» como las Púnicas y su relación con la ambición de los grupos dirigentes romanos, pero también violentos disturbios, ejecuciones ilegales y golpes de Estado, desde los tribunos revolucionarios a la dictadura de Sila. La relación de cada conflicto con los grandes dispendios necesarios para su financiación es un nexo imprescindible para entender la motivación y el pretexto con el que comienzan las hostilidades. Alcanzar y sostener el poder requiere de un refuerzo permanente de fondos materiales sin los cuales la estabilidad de la jurisdicción se resiente. En ocasiones, el objetivo es tan claramente depredador que causa ignominia llevarlo a cabo y, sin embargo, el oprobio y la vergüenza se diluyen tras los beneficios obtenidos. El mejor ejemplo es la destrucción de Cartago en la tercera de las guerras con Roma. Un aniquilamiento provocado por la codicia romana al observar la eficacia de los cartagineses para convertir su economía en un productivo sistema de creación de riqueza. Y, naturalmente, no pueden faltar en este apartado alguno de los grandes expolios romanos, resultantes de guerras apropiadas a las necesidades de algún general (César en las Galias) o del fisco imperial (Vespasiano y Tito en Jerusalén). Finalmente, los problemas humanos y los conflictos políticos de la Antigüedad tardía quedan perfectamente situados en los escenarios urbanos de mayor relevancia en el Bajo Imperio romano, con particular relevancia de los enfrentamientos por motivos religiosos y la consolidación oficial del cristianismo.

El capítulo sexto aborda los «estilos y formas de gobierno». Nuestro autor advierte de su estructura dual griega y romana. Pretende así establecer un proceso comparativo entre la democracia de un lado y los modelos republicano y monárquico de otro, utilizando, claro está, la experiencia ateniense y el desarrollo político de Roma, pero llegando a ello con el detalle explicativo de los sistemas de gobierno del universo greco-oriental, que incluyen la autocracia, la monarquía, la aristocracia y la tiranía. Particularmente atractivo es, a mi juicio, el análisis de la democracia ateniense desde Solón a Pericles, mediando el episodio de Pisístrato y su acción política que transformó Atenas en un Estado, y la definitiva reforma isonómica de Clístenes, el golpe de gracia al modelo aristocrático. Incluye este pasaje la referencia comparativa con los regímenes políticos actuales, donde actúa la independencia de los poderes del Estado surgida de las ideas ilustradas del siglo XVIII. El denominado «Estado ciudadano», creado por Solón, es fruto del orden constitucional, donde la fortaleza del sistema ateniense se encuentra en la prerrogativa multifuncional del ciudadano, que puede actuar como gobernante, juez y legislador *per se*, sin que nadie le represente. Otra cosa bien distinta es la capacidad de cada cual para ejercer las funciones que le corresponden o aquellas para las que ha optado. Como afirma nuestro autor, ya en la Antigüedad se formularon duras críticas contra el modo en el que se tomaban algunas decisiones democráticas desconfiando de «la falta de madurez política de los que tenían derecho al voto y la facilidad de los demagogos para seducir al electorado». Unas acusaciones muy similares a las que aparecen en los sistemas actuales, lo que, a la postre, conduce a medir la fortaleza de las decisiones en función del resultado conseguido por las mismas. El relato sobre la República romana, concreto y clarificador, da paso al Cesarismo, germen de la monarquía que consolidará la nueva etapa. Los amargos años que destruyen la arquitectura social y política del viejo régimen romano tienen a César como principal protagonista entre un elenco de aprovechados y golpistas. La aparición de Octaviano y su victoria sobre la imagen oriental que proyecta Antonio desde Egipto inicia la etapa del Principado: una monarquía con apariencia de república. El nuevo sistema estuvo sustentado en los tres poderes constitucionales acaparados por el joven Augusto, que conservó su mando militar sobre todos los ejércitos, al que unió los poderes civiles de la potestad tribunicia y, finalmente, los religiosos que le otorgaba el cargo de pontífice máximo. Toda esta elaborada trama de poder real desde un aparente respeto a la vieja República no habría sido efectiva sin los enormes recursos materiales obtenidos gracias al tesoro de los faraones. Este finalista respaldo financiero, además, se vio mejorado con la implantación de una reforma fiscal y monetaria que auguraba estabilidad fi-

nanciera en los siguientes presupuestos de cada año. La obra de Augusto, y el apoyo de los territorios orientales a su causa, acabarían dotando al régimen de uno de los soportes ideológicos más carismáticos: la deificación del emperador.

La mirada al gobierno tardoantiguo focaliza su atención en dos personalidades singulares por su obra y consecuencias. El primero, Diocleciano, representa el reequilibrio de las maltrechas finanzas romanas en el siglo III, pero también la consolidación de un nuevo sistema de gobierno que modifica la estructura constitucional romana. Los cambios se advierten en la consideración que adopta la figura imperial ante el pueblo: el *princeps* da paso al *dominus*, mientras el Principado desaparece para constituir el nuevo paradigma político del Dominado. En consecuencia, los ciudadanos dejan de ser de tal consideración para convertirse en súbditos de su señor. A todo ello se une la creación de una nueva arquitectura de poder: la Tetrarquía, o gobierno de cuatro, acompañado de una profunda reforma provincial, con el fin de mejorar la compleja administración del Imperio. El segundo es Constantino, el emperador que acabará con la experiencia tetrárquica y retomará el gobierno unipersonal, amparándose en el cristianismo, que surgirá con enorme fuerza de su clandestinidad hasta alcanzar protagonismo religioso exclusivo. El cristianismo quedará vinculado finalmente a un nuevo modelo de gobierno monoteísta que abjurará de su jefatura religiosa pagana para someterse a las normas del nuevo culto. Al mismo tiempo, el poder imperial decrecerá en su tradicional liderazgo hasta el punto de derivar la dirección de los ejércitos en jefes militares procedentes, en muchos casos, de antiguos pueblos germánicos enfrentados a Roma.

Precisamente, el cristianismo, su heterogeneidad y sus disputas internas ocupan el espacio del siguiente capítulo. La caracterización del monoteísmo como problema político hay que buscarla en la dificultad para encajar una doctrina de carácter excluyente con cualquier otra, pues tal acción incluiría el reconocimiento de unas deidades que no existen. El cristianismo, a diferencia del politeísmo antiguo, no selecciona a su dios como el verdadero, pues ello implicaría el reconocimiento de la existencia de divinidades ajenas como ocurre con las posturas henoteístas tan en moda en los siglos III y IV de nuestra era. La contumacia del cristianismo es exclusivista e inamovible: solo hay un Dios. Concluye este apartado con el estudio de un nuevo espacio de poder que aparece como escenario cultural de la nueva religión: el templo cristiano. Desde la sinagoga a la basílica, observamos el recorrido de los distintos lugares en los que se reunían los primeros judeocristianos: el concepto de universalidad espacial promulgado por San Esteban, las cuevas capadocias y la discreta clandestinidad de las *domus ecclesiae* o los espacios

abiertos. Todo ello al ritmo fijado por la permisividad o intransigencia de las autoridades civiles. Con la tolerancia del tetrarca Galerio, fruto de su fracasada política, y el gran paso de Constantino, aparece la basílica como lugar de reunión y culto. Un concepto arquitectónico tomado de la distribución espacial de la basílica tradicional romana, el edificio originalmente dedicado a la administración de justicia y al trato comercial, adornado con estatuas de divinidades entre las que no faltaban los emperadores, especialmente en el último gran ejemplo de ésta en Roma: la iniciada por Majencio y acabada por Constantino. Este diseño quedaba apartado de los ancestrales templos de los dioses paganos y pudo influir notablemente en su elección. A partir de Teodosio el templo cristiano se transforma en un espacio de «enorme simbolismo religioso y al mismo tiempo de no menos relevancia económica, política, jurídica y social».

El último capítulo nos lleva a un amplio recorrido por la ruta artística de la cultura mediterránea. Nuestro autor busca en ella las representaciones que se adaptan a la idea y al ejercicio del poder en cada estadio temporal. El protagonismo que otorga a los objetos iconográficos griegos se justifica porque en ellos se encuentra el paradigma inicial de la visión conceptual de la autoridad, pero también por la influencia determinante sobre el arte romano. El plano descriptivo de este apartado comienza con una visión general sobre los principales elementos que definieron la noción artística del poder en las sociedades antiguas, para pasar a continuación a la exposición de caracteres individuales, encajados cada cual en su tiempo y su obra con la ayuda de los perfiles literarios que ofrecen las fuentes, para finalizar con la iconografía cristiana y los problemas derivados de la divinidad en el fragor de la discusión eclesiástica sobre la naturaleza de Dios. Aquí pueden encontrarse análisis y conclusiones históricas de la iconografía del poder y la religión, desde las ancestrales culturas minoica y micénica hasta la Antigüedad tardía. El modo en que fueron vistos personajes singulares como los de la copa de Arcesilao y su escenografía, el grupo escultórico de los Tiranidas y su compleja interpretación entre el motivo real del atentado y su aprovechamiento ideológico; pero también las imágenes de singulares gobernantes griegos, con un especial análisis del busto del tirano Periandro, el sugerente y complejo análisis del gran Alejandro —personaje muy bien conocido y tratado por Barceló en su monografía publicada en esta misma editorial—, los retratos numismáticos cartagineses, el Augusto de Prima Porta y la cuidadosa descripción analítica del arco de Constantino; finaliza con los retratos de Cristo, reflejando toda la indefinición teológica y la carga propagandística que requería visualizar a Dios. Este recorrido es una de las más originales aportaciones de esta obra, obligando al historiador a someter los conoci-

mientos arqueológicos y artísticos a unas conclusiones que justifiquen las representaciones iconográficas como necesidades finalistas, más allá de la egocéntrica petulancia de alguna de ellas.

Finalmente, me gustaría añadir para los lectores una útil aclaración. Este libro no sigue una línea diacrónica, no es un manual de historia; su carácter monográfico y temático recoge conceptos analizados con suma pericia y expuestos con independencia unos de otros. De este modo, es posible comenzar y acabar su lectura donde mejor se estime o abrir las páginas de aquella trama o personaje que llame poderosamente la atención. Esta estructura le añade especial atractivo y permite aprovecharlo del modo más conveniente para cada cual. Sea como fuere, les garantizo la entrada a una descripción de pormenores del pasado que ampliarán su conocimiento del mundo antiguo y les dotarán de elementos de reflexión sobre el porqué ciertas actitudes personales y comportamientos socioculturales siguen presentes en la actualidad.

JUAN JOSÉ FERRER MAESTRO
Universitat Jaume I

INTRODUCCIÓN

El presente estudio se basa en un libro publicado en 2019 en lengua alemana. Su intención no es otra que ofrecer a un amplio público una visión panorámica sobre las facetas más emblemáticas de la Antigüedad. Para confeccionar esta edición, sin embargo, no solo se ha efectuado una traducción del texto original, sino que se han actualizado contenidos, ampliado apartados e introducido algunos temas nuevos, teniendo en cuenta los intereses de los lectores de habla española. Su principal objetivo es realizar una serie de investigaciones y consignar novedosas aportaciones sobre diferentes evoluciones históricas que en su conjunto nos permiten dilucidar los factores determinantes que configuran las sociedades antiguas. En líneas generales se pretende aglutinar un cúmulo de descripciones, reflexiones y síntesis que versan sobre los aspectos más relevantes del quehacer político, económico, social, religioso y cultural de esta fascinante época de la historia universal.

Su enfoque metodológico se centra en observar una serie de casos concretos de carácter ejemplar que constituyen el marco temático del libro, a fin de acumular información y esclarecer los principales problemas que plantea el estudio de un remoto pasado, más cercano de lo que parece, respecto a nuestro entorno actual. A través de una mirada selectiva, se persigue una visión panorámica que facilite contestar los interrogantes presentes en el estudio de las constantes antropológicas que definen la esencia de las sociedades pretéritas. No obstante su carácter fragmentario, el análisis de los temas, eventos y personajes seleccionados puede proporcionar una visión global del polifacético mundo antiguo, prestando especial atención a aquellas líneas de continuidad cuya relevancia ha perdurado a través de los siglos.

Desde nuestra perspectiva actual, la revisión del pasado ofrece las claves para la comprensión del comportamiento humano en sus diferentes facetas